

nacion desveturada en el alto rango que sus virtudes merecen, dándole la prosperidad y la dicha que tan afanosa busca, y que en su corazon augura?

CAPITULO XIII.

PARANGONADOS ya bajo el aspecto religioso, el Catolicismo y el Protestantismo en el cuadro que acabo de trazar, y evidenciada la superioridad de aquel sobre este, no solo en lo concerniente á certeza, sino tambien en todo lo relativo á los instintos, á los sentimientos, á las ideas, al carácter del espíritu humano, será bien entrar ahora en otra cuestion no mas importante por cierto, pero sí menos dilucidada, y en que será preciso luchar con fuertes antipatías, y disipar considerable número de prevenciones y errores. En medio de las dificultades de que está erizada la empresa que voy á acometer, aliéntame una poderosa esperanza: y es que lo interesante de la materia, y el ser muy del gusto científico del siglo, convidará quizás á leer, obviándose de esta manera el peligro que suele amenazar á los que escriben en favor de la religion católica: son juzgados sin ser oídos. Hé aquí, pues, la cuestion en sus precisos términos: *comparados el Catolicismo y el Protestantismo, ¿cuál de los dos es mas conducente para la verdadera libertad, para el verdadero adelanto de los pueblos, para la causa de la civilizacion?*

Libertad: esta es una de aquellas palabras tan generalmente usadas como poco entendidas; palabras que por envolver cierta idea vaga muy fácil de percibir, presentan la engañosa apariencia de una entera claridad, mientras que por la muchedumbre y variedad de objetos á que se aplican, son susceptibles de una infinidad de sentidos, haciéndose su comprension sumamente difícil. ¿Y quién podrá reducir á guarismo las aplicaciones que se hacen de la palabra *libertad*? Salvándose en todas ellas una idea que podríamos apellidar radical, son infinitas las modificaciones y graduaciones á que se la sujeta. Circula el aire con libertad; se despejan los alrededores de una planta para que crezca y se

extienda con libertad; se mondan los conductos de un regadío para que el agua corra con libertad; al pez cogido en la red, al avecilla enjaulada se los suelta, y se les da libertad; se trata á un amigo con libertad; hay modales libres, pensamientos libres, expresiones libres, herencias libres, voluntad libre, acciones libres; no tiene libertad el encarcelado, carece de libertad el hijo de familia, tiene poca libertad una doncella, una persona casada ya no es libre; un hombre en tierra extraña se porta con mas libertad; el soldado no tiene libertad; hay hombres libres de quintas, libres de contribuciones; hay votaciones libres, dictámenes libres, interpretacion libre, versificacion libre; libertad de comercio, libertad de enseñanza, libertad de imprenta, libertad de conciencia, libertad civil, libertad política libertad, justa, injusta, racional, irracional, moderada, excesiva, comedida licenciosa, oportuna, inoportuna: mas ¿á qué fatigarse en la enumeracion, cuando es poco menos que imposible el dar cima á tan enfadosa tarea? Pero menester parecia detenerse algun tanto en ella, aun á riesgo de fastidiar al lector; quizás el recuerdo de este fastidio podrá contribuir á grabar profundamente en el ánimo la saludable verdad, de que cuando en la conversacion, en los escritos, en las discusiones públicas, en las leyes, se usa tan á menudo esta palabra, aplicándola á objetos de la mayor importancia, es necesario reflexionar maduramente sobre el número y naturaleza de ideas que en el respectivo caso abarca, sobre el sentido que la materia consiente, sobre las modificaciones que las circunstancias demandan, sobre las precauciones y tino que las aplicaciones exigen.

Sea cual fuere la acepcion en que se tome la palabra libertad, échase de ver que siempre entraña en su significado *ausencia de causa que impida ó coarte el ejercicio de alguna facultad*: infriéndose de aquí, que para fijar en cada caso el verdadero sentido de esa palabra, es indispensable atender á la naturaleza y circunstancias de la facultad cuyo uso se quiere impedir ó limitar, sin perder de vista los varios objetos sobre que versa, las condiciones de su ejercicio, como y tambien, el carácter, la eficacia y la extension de la causa que al efecto se empleare. Para aclarar la materia propongámonos formar juicio de esta proposicion: el hombre ha de tener libertad de pensar. Aquí se afirma que al hombre no se le ha de coartar el pensamiento. Ahora bien: ¿ha-

blais de coartacion física ejercida inmediatamente sobre el mismo pensamiento? pues entonces es de todo punto inútil la proposicion; porque como semejante coartacion es imposible, vano es decir que no se la debe emplear. ¿Entendeis que no se debe coartar la expresion del pensamiento, es decir que no se ha de impedir ni restringir la libertad de manifestar cada cual lo que piensa? entonces habeis dado un salto inmenso, habeis colocado la cuestion en muy diferente terreno; y si no quereis significar que todo hombre, á todas horas, en todo lugar, pueda decir sobre cualquier materia cuanto le viniere á la mente, y del modo que mas le agradare, deberéis distinguir cosas, personas, lugares, tiempos, modos, condiciones, en una palabra, atender á mil y mil circunstancias, impedir del todo en unos casos, limitar en otros, ampliar en estos, distinguir en aquellos, y así tomaros tan largo trabajo, que de nada os sirva el haber sentado en favor de la libertad del pensamiento, aquella proposicion tan general, con toda su apariencia de sencillez y claridad.

Aun penetrando en el mismo santuario del pensamiento, en aquella region donde no alcanzan las miradas de otro hombre, y que solo está patente á los ojos de Dios, ¿qué significa la libertad de pensar? ¿Es acaso que el pensamiento no tenga sus leyes á las que ha de sujetarse por precision, si no quiere sumirse en el caos? ¿puede despreciar la norma de una sana razon? ¿puede desoir los consejos del buen sentido? ¿puede olvidar que su objeto es la verdad? ¿puede desentenderse de los eternos principios de la moral?

Hé aquí como examinando lo que significa la palabra libertad, aun aplicándola á lo que seguramente hay de mas libre en el hombre, como es el pensamiento, nos encontramos con tal muchedumbre y variedad de sentidos, que nos obligan á un sinnúmero de distinciones, y nos llevan por necesidad á restringir la proposicion general, si algo queremos expresar que no esté en contradiccion con lo que dictan la razon y el buen sentido, con lo que prescriben las leyes eternas de la moral, con lo que demandan los mismos intereses del individuo, con lo que reclaman el buen orden y la conservacion de la sociedad. ¿Y qué no podria decirse de tantas otras libertades como se invocan de continuo, con nombres indeterminados y vagos, cubiertos á propósito con el equívoco y las tinieblas?

Pongo estos ejemplos, solo para que no se confundan las ideas; porque defendiendo como defiende la causa del Catolicismo, no necesito abogar por la opresion, ni invocar sobre los hombres una mano de hierro, ni aplaudir que se huellen sus derechos sagrados. Sagrados, sí, porque segun la enseñanza de la augusta religion de Jesucristo, sagrado es un hombre á los ojos de otro hombre, por su alto origen y destino, por la imágen de Dios que en él resplandece, por haber sido redimido con inefable dignacion y amor por el mismo Hijo del Eterno; sagrados declara esa religion divina los derechos del hombre, cuando su augusto Fundador amenaza con eterno suplicio, no tan solo á quien le matare, no tan solo á quien le mutilare, no tan solo á quien le robare, sino ¡cosa admirable! hasta á quien se propasare á ofenderle con solas palabras. “Quien llamare á su hermano *fatuo*, será reo del fuego del infierno.” (Matt. c. 5. v. 22). Así hablaba el Divino Maestro.

Lévantase el pecho con generosa indignacion, al oír que se achaca á la religion de Jesucristo, tendencia á esclavizar. Cier-to es que si se confunde el espíritu de verdadera libertad con el espíritu de los demagogos, no se le encuentra en el Catolicismo, pero si no se quieren trastocar monstruosamente los nombres, si se da á la palabra libertad su acepcion mas razonable, mas justa, mas provechosa, mas dulce, entonces la religion católica puede reclamar la gratitud del humano linage: *ella ha civilizado las naciones que la han profesado; y la civilización es la verdadera libertad.*

Es un hecho ya generalmente reconocido y paladinamente confesado, que el cristianismo ha ejercido muy poderosa y saludable influencia en el desarrollo de la civilizacion europea; pero á este hecho no se le da todavía por algunos la importancia que merece, á causa de no ser bastante bien apreciado. Con respecto á la civilizacion, distingue á veces el influjo del Cristianismo del nflujo del Catolicismo, ponderando las excelencias de aquel y escaseando los encomios á este; sin reparar que cuando se trata de la civilizacion europea, puede el Catolicismo demandar una consideracion siempre principal, y por lo tocante á mucho tiempo, hasta exclusiva, pues que se halló por largos siglos enteramente solo en el trabajo de esa grande obra. No se ha querido ver que al presentarse el Protestantismo en Europa estaba ya la obra

por concluir; y con una injusticia é ingratitud que no acierta uno á calificar, se ha tachado al Catolicismo de espíritu de barbarie, de oscurantismo, de opresion, mientras se hacia ostentosa gala de la rica civilizacion, de las luces y de la libertad que á él principalmente son debidas.

Si no se tenia gana de profundizar las íntimas relaciones del Catolicismo con la civilizacion europea, si faltaba la paciencia que es menester en las prolijas investigaciones á que tal exámen conduce, al menos parecia del caso dar una mirada al estado de los países, donde en siglos trabajosos no ejerció la religion católica todo su influjo, y compararlos con aquellos otros en que fué el principio dominante. El Oriente y el Occidente, ambos sujetos á grandes trastornos, ambos profesando el cristianismo, pero de manera que el principio católico se halló débil y vacilante allí, mientras estuvo robusto y profundamente arraigado entre los occidentales, hubieran ofrecido dos puntos de comparacion muy á propósito para estimar lo que vale el cristianismo sin el Catolicismo, cuando se trata de salvar la civilizacion y la existencia de las naciones. En Occidente los trastornos fueron repetidos y espantosos, el caos llegó á su complemento, y sin embargo, de caos han brotado la luz y la vida. Ni la barbarie de los pueblos que inundaron estas regiones, y que adquirieron en ellas asiento, ni las furiosas arremetidas del islamismo, aun cuando estaba en su mayor brio y pujanza, bastaron para que se ahogase el germen de una civilizacion rica y fecunda: en Oriente todo iba envejeciendo y caducando, nada se remozaba, y á los embates del ariete que nada habia podido contra nosotros, todo cayó. Ese poder espiritual de Roma, esa influencia en los negocios temporales dieron por cierto frutos muy diferentes de los que produjeron en semejantes circunstancias sus rencorosos rivales.

Si un dia estuviese destinada la Europa á sufrir de nuevo algun espantoso y general trastorno, ó por un desbordo universal de las ideas revolucionarias, ó por alguna violenta irrupcion del pauperismo sobre los poderes sociales y sobre la propiedad; si ese coloso que se levanta en el Norte en un trono asentado entre eternas nieves, teniendo en su cabeza la inteligencia y en su mano la fuerza ciega, que dispone á la vez de los medios de la civilizacion y de la barbarie, cuyos ojos van recorriendo de continuo el Oriente, el Mediodía y el Occidente, con aquella mirada

codiciosa y astuta, señal característica que nos presenta la historia en todos los imperios invasores; si acechado el momento oportuno se arrojase á una tentativa sobre la independenciam de Europa, entonces quizás se veria una prueba de lo que vale en los grandes apuros el principio católico; entonces se palparia el poder de esa *unidad* proclamada y sostenida por el Catolicismo; entonces recordando los siglos medios se veria una de las causas de la debilidad del Oriente y de la robustez del Occidente; entonces se recordaria un hecho que aunque es de ayer, empieza ya á olvidarse, y es que el pueblo contra cuyo denodado brio se estrelló el poder de Napoleon, era el pueblo proverbialmente católico. Y ¿quién sabe si en los atentados cometidos en Rusia contra el Catolicismo, atentados que ha deplorado en sentido lenguaje el Vicario de Jesucristo, quién sabe si influye el secreto presentimiento ó quizás la prevision, de la necesidad de debilitar aquel sublime poder, que en tratándose de la causa de la humanidad, ha sido en todas épocas el núcleo de los grandes esfuerzos? Pero volvamos al intento.

No puede negarse que desde el siglo XVI se ha mostrado la civilizacion europea muy lozana y brillante; pero es un error atribuir este fenómeno al Protestantismo. Para examinar la influencia y eficacia de un hecho no se han de mirar tan solo los sucesos que han venido después de él; se ha de considerar si estos sucesos estaban ya preparados, si son algo mas que un resultado necesario de hechos anteriores: conviene no hacer aquel racionio que tachan de sofístico los dialécticos: *despues de esto, luego por esto; post hoc, ergo propter hoc*. Sin el Protestantismo, y antes del Protestantismo, estaba ya muy adelantada la civilizacion europea por los trabajos é influencia de la religion católica; y la grandeza y esplendor que sobrevinieron despues, no se desplegaron á causa del Protestantismo, sino á pesar del Protestantismo.

Al extravió de ideas en esta materia ha contribuido no poco el estudio poco profundo que se ha hecho del cristianismo, el haberse contentado no pocas veces con una mirada superficial sobre los principios de fraternidad que él tanto recomienda, sin entrar en el debido exámen de la historia de la Iglesia. Para comprender á fondo una institucion, no basta pararse en sus deas mas capitales; es necesario seguirle tambien los pasos, ver

como va relizando esas ideas, como triunfa de los obstáculos que le salen al encuentro. Nunca se formará concepto cabal sobre un hecho histórico, si no se estudia detenidamente su historia; y el estudio de la historia de la Iglesia católica en sus relaciones con la civilización, deja todavía mucho que desear. Y no es que sobre la historia de la Iglesia no se hayan hecho estudios profundos; sino que desde que se ha desplegado el espíritu de análisis social, no ha sido todavía objeto de aquellos trabajos admirables que tanto la ilustraron bajo el aspecto dogmático y crítico.

Otro embarazo media para que pueda dilucidarse cual conviene esta materia, y es el dar sobrada importancia á las intenciones de los hombres, distrayéndose de considerar la marcha grave y majestuosa de las cosas. Se mide la magnitud y se califica la naturaleza de los acontecimientos por los motivos inmediatos que los determinaron, y por los fines que se proponían los hombres que en ellos intervinieron; y esto es un error muy grave: la vista se ha de extender á mayor espacio y se ha de observar el sucesivo desarrollo de las ideas, el influjo que anduvieron ejerciendo en los sucesos, las instituciones que de ellas iban brotando; pero considerándolo todo como es en sí, es decir, en un cuadro grande, inmenso, sin pararse en hechos particulares contemplados en su aislamiento y pequeñez. Que es menester grabar profundamente en el ánimo la importante verdad de que cuando se desenvuelve alguno de esos grandes hechos que cambian la suerte de una parte considerable del humano linaje, rara vez lo comprenden los mismos hombres que en ello intervienen, y que como poderosos agentes figuran: la marcha de la humanidad es un gran drama, los papeles se distribuyen entre los individuos que pasan y desaparecen: el hombre es muy pequeño, solo Dios es grande. Ni los actores de las escenas de los antiguos imperios de Oriente, ni Alejandro arrojándose sobre el Asia y avasallando innumerables naciones, ni los romanos sojuzgando el mundo, ni los bárbaros derrocando y destrozando el imperio romano, ni los musulmanes dominando el Asia y el África y amenazando la independencia de Europa, pensaron ni pensar podían en que sirviesen de instrumento para realizar los destinos cuya ejecución nosotros admiramos.

Quiero indicar con esto, que cuando se trata de civilización

cristiana, cuando se van notando y analizando los hechos que señalan su marcha, no es necesario, y muchas veces ni conveniente, el suponer que los hombres que á ella han contribuido de una manera muy principal, conocieran en toda su extensión el resultado de su propia obra: bástale á la gloria de un hombre, el que se le señale como escogido instrumento de la Providencia, sin que sea menester atribuir demasiado á su conocimiento particular, á sus intenciones personales. Basta reconocer que un rayo de luz ha bajado del cielo y ha iluminado su frente; pero no hay necesidad de que él mismo previera que ese rayo reflejando, se desparramara en inmensas madejas sobre las generaciones venideras. Los hombres pequeños, son comunmente mas pequeños de lo que piensan; pero los hombres grandes son á veces mas grandes de lo que creen: y es que no conocen todo su grandor, por no saber que son instrumentos de altos designios de la Providencia.

Otra observación debe tenerse presente en el estudio de esos grandes hechos, y es que no se debe buscar un sistema cuya trabazón y armonía, se descumbran á primera ojeada. Preciso es resignarse á sufrir la vista de algunas irregularidades y algunos objetos poco agradables; es menester precaverse contra la pueril impaciencia de querer adelantarnos al tiempo, es indispensable despojarse de aquel deseo, que mas ó menos vivo, nunca nos abandona, de encontrarlo todo amoldado conforme á nuestras ideas, de verlo marchar todo de la manera que mas nos agrada. ¿No veis esa naturaleza tan grande, tan variada, tan rica, cómo prodiga en cierto desorden sus productos, ocultando inestimables piedras y preciosísimos veneros entre montones de tierra ruda, cuál despliega inmensas cordilleras, riscos inaccesibles, horrendas fragosidades, que contrastan con amenas y espaciosas llanuras? ¿No veis ese aparente desorden, esa prodigalidad, en medio de las cuales están trabajando en secreto concierto, innumerables agentes para producir el admirable conjunto que encanta nuestros ojos y admira al naturalista? Pues he aquí la sociedad: los hechos andan dispersos, desparramados acá y acullá, sin ofrecer muchas veces visos de orden ni concierto: los acontecimientos se suceden, se empujan, sin que se descubra un designio; los hombres se aunan, se separan, se auxilian, se chocan, pero va pasando el tiempo, ese agente indispensable para la producción de las

grandes obras, y va todo caminando al destino señalado en los arcanos del Eterno.

He aquí cómo se concibe la marcha de la humanidad, he aquí la norma del estudio filosófico de la historia, he aquí el modo de comprender el influjo de esas ideas fecundas, de esas instituciones poderosas que aparecen de vez en cuando entre los hombres para cambiar la faz de la tierra. En semejante estudio, y cuando se descubre obrando en el fondo de las cosas una idea fecunda, una institución poderosa, lejos de asustarse el ánimo por encontrar alguna irregularidad, se complace y se alienta; porque es excelente señal de que la idea está llena de verdad, de que la institución rebosa de vida, cuando se las ve atravesar el caos de los siglos, y salir enteras de entre los mas horrorosos sacudimientos. Que estos ó aquellos hombres no se hayan regido por la idea, que no hayan correspondido al objeto de la institución, nada importa, si la institución ha sobrevivido á los trastornos, si la idea ha sobrenadado en el borrascoso piélago de las pasiones. Entonces el mentar las flaquezas, las miserias, la culpa, los crímenes de los hombres, es hacer la mas elocuente apología de la idea y de la institución.

Mirados los hombres de esta manera, no se los saca de su lugar propio, ni se exige de ellos lo que racionalmente no se puede exigir. Encajonados, por decirlo así, en el hondo cauce del gran torrente de los sucesos, no se atribuye á su inteligencia ni voluntad, mayor esfera de la que les corresponde; y sin dejar por eso de apreciar debidamente la magnitud y naturaleza de las obras en que tomaron parte, no se da exagerada importancia á sus personas, honrándolas con encomios que no merezcan, ó achacándoles cargos injustos. Entonces no se confunden monstruosamente tiempos y circunstancias; el observador mira con sosiego y templanza los acontecimientos que se van desplegando ante sus ojos; no habla del imperio de Carlo Magno, como hablar pudiera del imperio de Napoleon, ni se desata en agrias inyectivas contra Gregorio VII, porque no siguió en su política la misma línea de conducta que Gregorio XVI.

Y cuenta que no exijo del historiador filósofo una impasible indiferencia por el bien y por el mal, por lo justo y lo injusto; cuenta que no reclamo indulgencia para el vicio, ni pretendo que se escaseen los elogios á la virtud; no simpatizo con esa escuela

histórica fatalista, que ha vuelto á presentar sobre el mundo el destino de los antiguos: escuela que si estendiera mucho su influencia, malograria la mas hermosa parte de los trabajos históricos, y ahogaria los destellos de las inspiraciones mas generosas. En la marcha de la sociedad, veo un plan, veo un concierto, mas no ciega necesidad; no creo que los sucesos se revuelvan y barajen en confusa mezclanza en la oscura urna del destino, ni que los hados tengan ceñido el mundo con un aro de hierro.

Veo, sí, una cadena maravillosa tendida sobre el curso de los siglos; pero es cadena que no embarga el movimiento de los individuos ni de las naciones; que ondeando suavemente, se aviene con el flujo y reflujo demandado por la misma naturaleza de las cosas; que con su contacto, hace brotar de la cabeza de los hombres pensamientos grandiosos: cadena de oro que está pendiente de la mano del Hacedor Supremo, labrada con infinita inteligencia y regida con inefable amor.

CAPITULO XIV.

EN qué estado encontró al mundo el cristianismo? Pregunta es esta en que debemos fijar mucho nuestra atención, si queremos apreciar debidamente los beneficios dispensados por esa religion divina al individuo y á la sociedad; si deseamos conocer el verdadero carácter de la civilizacion cristiana.

Sombrío cuadro por cierto presentaba la sociedad, en cuyo centro nació el cristianismo. Cubierta de bellas apariencias, y herida en su corazon con enfermedad de muerte, ofrecia la imagen de la corrupcion mas asquerosa, velada con el brillante ropaje de la ostentacion y de la opulencia. La moral sin basa, las costumbres sin pudor, sin freno las pasiones, las leyes sin sancion, la religion sin Dios, flotaban las ideas á merced de las preocupaciones, del fanatismo religioso, y de las cavilaciones filosóficas. Era el hombre un hondo misterio para sí mismo, y ni sabia estimar su dignidad, pues que consentia que se le rebajase al nivel de los brutos; ni cuando se empeñaba en ponderarla, acer-